

que consagradas por el respeto y la veneración de un pueblo, hacen á un hombre superior. Conduzcamos la imaginación á más sosegados deseos, hacia el trayecto recorrido entre los años de 1871 á 1876, y en ese oasis de nuestra existencia volveremos á encontrarnos con el Maestro amado! ¡con NUESTRO PROFESOR! ¡EL PADRE INTELECTUAL! ¡El irremplazable en el corazón de sus primeros discípulos! ¡Como que tuvo en sus manos el alma de cada uno de ellos, y al darlas el primer contorno para la ciencia y la virtud les comunicó un soplo cariñoso de su esencia misma! ¡Ah! yo quisiera saludar la evocación de esa personalidad única en el mundo de mis recuerdos, con una frase especial, nueva, cariciosamente elaborada para élla, que reasumiera mi alegría intensa dilatando el corazón con el espectáculo de la ventura gozada; grito, palabra ó sonido que por sí solo arrancara lágrimas de verdadera ternura á cuantos ojos —de entre los que van á pasearse por estas pobres líneas— guardan, como yo en la retina del alma, su figura bendita, embellecida con la aureola de la potestad docente. Querría construirle el arco triunfal de nuestro gigantesco cariño, para que bajo él entrase como rey de genios, aquí donde hasta el movimiento espontáneo que da forma tangible á estas ideas, le rinde completo vasallaje. ¡Pero triste desencanto! la palabra humana no consigue expresar aún todas las necesidades imperiosas del espíritu! Nuestra pequeñez, por otra parte, es bien reconocida, é inmensamente lejos nos hallamos de crear la nueva fórmula que diera interpretación original al sentimiento que tratándose de él nos domina. Tendremos, pues, en esta tendencia al imposible, que conformamos una vez más con el convencionalismo de nuestra edad, aceptando, por la fuerza, el término vaciado en el molde vulgar, la frase estereotipada, el giro lanzado á la corriente, ya inservibles por el uso, como una moneda antigua puesta por mucho tiempo á la circulación cotidiana.

Y esto hará que el cuadro que intentamos bosquejar, no obstante las fisonomías risueñas, infantiles y graciosas, como la mañana de la vida, de nuestros condiscípulos muy amados, y á pesar de la diáfana brillantez que irradiaba la personalidad augusta de nuestro respetabilísimo Maestro, y de los mil encantos que arrojen con la intensidad sugestiva de un poder que no nos es dado contrarrestar, ora la perspectiva auroral de aquellos seres, ora el colorido peculiar de los hechos, ora la localización de los recuerdos, vivos todos en la memoria y queridos siempre en nuestro corazón desde aquella edad de eterna remembranza; esto hará, repetimos, que la impotencia de la palabra, al dejar caer aquí su velo de tul, acentué más y más la melancolía de tan halagadoras visiones, hijas de tiempos lejanos ya y de seres desligados de nuestra existencia, los unos por la profunda síma del sepulcro, los otros por la racha violenta del huracán de la vida, que en uno de sus desastrosos ímpetus ha roto para siempre, entre ellos y nosotros, hasta la cadena de las reminiscencias infantiles, haciendo imposible ahora el de-

leite de toda descripción lúcida, congruente, ó cuando menos ajustada á los caracteres de una prudente verosimilitud. . . . Mas ¡ah! ¡respiremos con alegría! De ese espantoso naufragio que *todo* pudo arrebatarnos, hemos salvado el cariño de nuestro Maestro, su amor entrañable y su paternal solicitud. El, como la verdad y el bien, es para nosotros inmutable! Y hoy, como hace veinticinco años, le hallamos de pié en el sendero de nuestra vida!

III.

FUNDADO el Seminario Conciliar de Guadalajara el año de 1700 por el Ilmo. y Rmo. Sr. Galindo y Chávez; engrandecido, á mediados de ese siglo, por el celo infatigable del Ilmo. y Rmo. Sr. Gómez de Parada; dotado de nuevas constituciones, en los principios de esta centuria, por el Ilmo. y Rmo. Sr. Ruiz de Cabañas, y vigorizado, en el segundo tercio de nuestro siglo, por el glorioso empuje del Ilmo. y Rmo. Sr. Espinosa y Dávalos; en esa su vida de cerca de 200 años, y en su categoría de primer baluarte de la cultura jalisciense, siempre se vió reinar en sus aulas, con poder absoluto, al escolasticismo, rígido é inflexible; á la filosofía especulativa, intolerante y omnívora. El tradicionalismo de sus principios no registra hasta allí, ni una sola veleidad con tendencia obstruccionista ó de libre emancipación; la inmovilidad de aquellas enseñanzas constituía todo el patrimonio intelectual de su grandeza; y todos los ingenios, en ese medio ambiente educados, aún los más grandes y de más poderosos vuelos, se sometieron de grado á tan inexorables leyes, y plegaron sus alas para poder vivir en aquella región semientumecida, porque recibía los rayos luminosos y caloríficos de la ciencia, tamizados por el velo del convencionalismo metódico. Así, á la incongruencia de las teorías, se mezclaba lo inadecuado de los procedimientos, propios de espíritus infantiles, pero extrañamente enseñoreados de cerebros lúcidos en fuerza de un largo reinado de aparatoso esplendor que los tenía consagrados, á guisa de preceptos autoritarios y, bajo pena de muerte, en esencia y vida de aquella fortaleza arcaica. La ciencia “quedaba en el papel de los libros,” y el ergotismo de “Profesores dogmáticos, escudados con la rigidez de los métodos y el despotismo de los axiomas,” circulaba como doctrina científica en el tráfico intelectual. La disciplina era allí severa y religiosamente observada: el respeto á la autoridad del maestro, absoluto; la sumisión á las doctrinas preestablecidas, completa; los torneos literarios, se arrastraban por la fútil controversia de la interpretación alambicada de los términos, y en fin, “la sorda vegetación de las ideas,” no traspasaba los dinteles de aquella casa. Como consecuencia precisa, en el fondo, la ciencia y la cultura, eran el patrimonio de muy pocos; y en lo ostensi-

ble, todo se reducía á cuestión de nombres, de abstracciones y de capciosos distingos. Y todo, porque aun no había aparecido un ingenio resuelto, batallador, poderoso, enérgico, de facultades iniciadoras, que patrocinando una evolución filosófica, pusiese fin al *statu quo* entronizado, que con mano hercúlea domeñara aquella enseñanza defectuosa, arrojada sobre los hombres gigantes de las generaciones sucesivas, á semejanza de un hábito demasiado estrecho, que impedir debía forzosa y fatalmente el libre vuelo de las inteligencias por los horizontes ilimitados de la ciencia experimental; que sanara el enervamiento de las energías pensadoras, cambiando la fisonomía de tan bella institución, como lo es sin duda la de la enseñanza seminarista, con sólo quitarle el aspecto de pesada fortaleza de la Edad Media, falta de aire y de luz, como el vestíbulo de regia tumba, y le comunicara el risueño colorido de magnífico santuario del Arte, de las Letras y de las Ciencias en su vasto y maravilloso conjunto; que colocara la Filosofía tomística, con el séquito de ciencias que le son anexas, en las inteligencias de los educandos, y que fundiera con el candente sol de la razón ilustrada las alas deleznable del Icaro infeliz del pseudo-escolasticismo, mito legendario de todo error en el entendimiento, así cantado por el poeta de "Las metamorfosis" y de "Los tristes:" *Icarus icariis nomina fecit aquis.*

Eso era el Seminario Conciliar de Guadalajara hasta el año de 1867: un campeón poderosísimo de la filosofía escolástica, no hostil ciertamente á la civilización moderna; pero conjeturándola vana y hasta perjudicial á sus intereses morales, despreciador constante de las conquistas por ella realizadas, oponiéndolas la resistencia invencible de la inercia á fin de no enterarse jamás de la verdad de sus ideales, de la lógica de sus deducciones y razonamientos, de la luminosa prueba de sus derechos y de la fuerza incontrastable de su dominación en las sociedades.

En ese año, gobernando esta Sagrada Mitra el Sr. Vicario Capitulár, Lic. Don Jesús Ortiz, varón docto, eminentemente progresista y de fecunda iniciativa, ordenó entre otras mejoras trascendentales, la de que los Sres. Catedráticos fueran inamovibles en las asignaturas que regentaban; paso acertadísimo que concordando con la entrada al profesorado de los Sres. Dr. Don Agustín de la Rosa, tan versado en Filosofía y Lingüística; Dr. D. Felipe de la Rosa, tan conocedor de los sistemas filosóficos de la escuela moderna; Dr. Don José de Jesús Torres, tan competente en los estudios matemáticos, físicos y astronómicos; Pbro. Don Lauro Díaz Morales, tan notable en Filología comparada, en Gramática General, en Filosofía especulativa y en ciencias exactas, y Pbro. Dr. Don Ramón López, tan acucioso, tan dedicado y tan sobresaliente en esos mismos ramos, exornados con sus felicísimas disposiciones para las Bellas Letras y en particular para la Oratoría y la Literatura, preparó al Seminario Conciliar de Guadalajara la senda que debería conducirle en breves días á prodigiosa y envidiable altura.

IV.

LA verdad en orden al entendimiento, será siempre antigua; pero su conocimiento evolutivo, no puede ser sino de hoy, y en gran parte de mañana: comulgamos sin divergencia alguna con las ideas filosóficas de Platón y de Santo Tomás, con las de Aristóteles y de San Agustín; pero no sin reparos y notables selecciones hacemos el estudio de los sistemas didácticos, ora se trate del idealismo místico y trascendente del fundador de la Academia, ora del espiritua-lismo realista, impenitente y refinado del creador del Liceo; ya nos aventuramos en el idealismo divino, para comprender el dogma filosófico de la soberanía exclusiva de Dios, ya penetremos en el materialismo puro para desentrañar el principio de la soberanía absoluta de la naturaleza, ya en fin toquemos el idealismo humano para estudiar la teoría de la soberanía tan glorificada del hombre; porque si dos son los únicos métodos que conducen al entendimiento humano al estudio de todas las verdades: el de inducción y el de observación; el sintético y el analítico; la subdivisión en las escuelas varía al infinito: se considera á Dios como una substancia inmóvil y absorbente, y nace el panteísmo; se le atribuye universalidad activa y vivificante, y aparece el deísmo; se cree que la razón humana puede enseñarnos lo que se debe adoptar como cierto y aquello que se ha de rechazar como absurdo, y surge la criterología escolástica; se niega esa competencia, y vamos irresistiblemente á la Revelación Divina; se exagera la importancia de las sensaciones, y allí está el sensualismo de Locke y Condillac; se convierten las ideas en sensaciones, y la desnudez y la fealdad repugnante del materialismo brutal de Helvecio y de Holbach, es una consecuencia indeclinable; se concede preponderancia absoluta al raciocinio, y luego se impone el entimema de Descartes: "Pienso, luego existo;" se otorga influencia decisiva á la voluntad, y le toca su turno á la frase célebre de Fichte: "Quiero, luego soy." En fin, tropezando aquí, allá y acullá, iremos siempre de la escuela ecléctica á la doctrinaria; de la racionalista á la puramente psicológica; de la idealista del filósofo de Koenisberg á la de la perfectibilidad indefinida ó sansimoniana; de la socialista á la católica, y en ésta, desde la de la fé robusta de M. de Bodald, hasta la de la expiación excogitada por el genio melancólico de Ballanche, desde la de la intransigencia teocrática del conde José de Maistre, hasta la del misticismo de Lamennais y la de la unción piadosa del sublime Lacordaire. Hay, pues, que penetrar en el simbolismo obscuro de la metafísica subjetiva con la antorcha del método para hallar el punto en que se compenetran las ideas y la forma; la línea en que se realiza la fusión de lo real y lo ideal; el protoplasma en que se unifican la ley fundamental y el germen de su desarrollo, cuya solución maravillosa da la ciencia como principio y objeto trascendental de la verdad cognoscible, ora se la considere en el instante de su concentración en el entendimiento, ora en el de la coordinación